Carta del Sr. Arzobispo

de

Montevideo

sobre

La Buena Prensa



MONTEVIDEO

MARCOS MARTINEZ, IMPRESOR
Calle Buenos Aires núm. 155
1902

Carta del Sr. Arzobispo de Montevideo

sobre

La Buena Prensa

Sr. Dr. D. Juan Zorrilla de San Martín.

Presente.

Estimado doctor y amigo: además de sus servicios de propagandista veterano, no sé cómo agradecerle, en nombre de la causa católica, la benéfica obra que está Vd. realizando con sus conferencias sobre la necesidad imperiosa de la buena prensa y el deber en que están los católicos de protejerla eficazmente. Mucho me felicito de haberle indicado emprendiera esa campaña; pues realiza Vd. la obra de un gran misionero, y es Vd. el éco del insigne León XIII y de su Prelado. Del Papa, porque este recomienda á los católicos la obligación de sostener la buena prensa como la suprema necesidad de la época; y del Arzobispo de Montevideo, porque éste ha repetido en sus pastorales que la protección á la buena prensa es la *obra preferente* de

caridad para todos los fieles, de manera que todos deben ser suscritores del diario católico, á no ser en el caso de verdadera imposibilidad.

Por tanto, no puedo menos de aplaudir de todo corazón su precioso esfuerzo para llevar al convencimiento de los católicos, de acuerdo con las declaraciones pontificias, que la buena prensa es, en las actuales circunstancias de la sociedad, la garantía más poderosa de todas nuestras obras é instituciones católicas, ya humanitarias ó caritativas, ya religiosas. Ella será su defensa, y sin ella se verán suprimidas por nuestros adversarios, como está sucediendo en Francia, y segun lo había predicho Mr. Boudon, Presidente central de la Sociedad de S. Vicente de Paul. « Si no protegéis, decía, y hacéis prosperar la prensa católica, no seréis respetados en la opinión pública, y vuestros enemigos acabarán con todas vuestras obras: cerrarán vuestras escuelas, expulsarán las comunidades religiosas, suprimirán la libertad de conciencia y de enseñanza, y hasta llegarán á cerrar ó incendiar vuestros templos. » Eso es precisamente lo que hoy se pretende realizar en Francia por el anticlericalismo jacobi-

no, y lo que un día, quizás no muy lejano, sucederá entre nosotros, si no influimos en la opinión pública por el medio más eficaz en los tiempos modernos, cual es la prensa diaria.

Para convencernos de la eficacia predominante de la prensa, bastaría esta reflexión: ¿Cómo se explica que el liberálismo jacobino haga tantas conquistas, y se propague admirablemente, sin que tenga misioneros, ni instituciones que, como las órdenes religiosas, propaguen sus doctrinas y su causa? ¿Cómo se explica que haga permanentes los más absurdos y ofensivos prejuicios contra la religión, neutralizando en gran parte los esfuerzos de la Iglesia católica y de sus instituciones?

El liberalismo no necesita de nuestros medios de propaganda, *porque tiene la prensa,* que hoy día es el apostolado más eficaz para el bien como para el mal.

Por eso afirma Mons. Ketteler que San Pablo se hubiese hecho periodista, si la prensa hubiese existido en su tiempo.

Hay, pues, que colocarnos á la altura de la época. Todas las obras católicas son buenas y no deben abandonarse;

pero hay que opcner, como dice León XIII, la buena á la mala prensa, dándole la protección preferente que merece, porque la prensa es el apostolado del siglo por excelencia. Por tanto, hay que convencer á los católicos de que la suscrición al diario católico es, no solo la primera obra buena que debemos hacer, sino que es el cumpltmiento de uu deber preferente y primordial del católico de nuestros dias.

Vd., mi estimado amigo, está llevando á los ánimos ese convencimiento, y merece por ello bien de su causa.

¿Qué ha servido y valido á los católicos de Francia gastar tantos millones en buenas obras, tan buenas como la enseñanza, la protección á las comunidades religiosas, y otras múltiples obras de humanidad y beneficencia, habiendo descuidado dar protección especial á la prensa? El verlas casi suprimidas por una ley inicua. Es esa una gran lección que todos los católicos del mundo debemos aprender.

Para no reiterar lo que he dicho en otras ocasiones, voy á recordar lo que recientemente decía á los franceses el

ilustre publicista católico Mr. Fonsegrive:

Advierte, desde luego, que se avalúa el presupuesto anual de la caridad católica, solamente en París, en veinte millones, y añade: porque no se tuvo la previsión de canalizar hacía las obras de la prensa y de interes general una parte importante de estos enormes recursos, lo hemos perdido casi todo.

Vese, pues, que el publicista francés no trata de reprochar la falta de generosidad en los católicos, sino la falta de discreción y acierto en la elección de los medios de propaganda.

Por eso dice que si los católicos, sin abandonar otras obras esenciales, hubieran fundado y sostenido, como habría sido más prudente, una agencia telegráfica, una correspondencia especial para los diarios de los departamentos, una subvención para los diarios amigos, y destinado un tanto por ciento de todas las donaciones, como una especie de contribución de guerra, para constituir ó alentar la prensa católica, se hubiera evitado muchas veces el desfallecimiento del espíritu público, y se hubieran prevenido los gravísimos males que lamentamos inútilmente. En lu-

gar de ésto, se han dejado morir exelentes diarios, y se han dejado vejetar todas las obras de prensa y publicaciones literarias de propaganda. El dinero asi empleado, agrega, no sería perdido, porque hubiera sido invertido en defensa de todas las demás obras católicas, que no tienen defensa eficaz sin la prensa.

El mal que ha roido á la prensa católica, observa el mismo publicista, ha sido la estrechez de sus recursos y la incertidumbre del mañana. Limitados por un presupuesto, los directores de diarios católicos han tenido que hacer economías.

Ahora bien: en tales empresas, las economías son muy caras; los escritores de talento no pueden ser remunerados ni el servicio puede ser completo; las noticias y las primicias literarias no pueden obtenerse con la rapidez que el público desea; no hay dinero para viajes é *interviews*, y el lector poco á poco se cansa de un diario que sigue á remolque el movimiento político, científico ó literario, y que no produce jamás un movimiento. Hay, pues, que dotar generosamente á la prensa católica, como lo ha recomendado León XIII; de

lo contrario quedarán indefensos los intereses más sagrados.

Y este es el gran defecto de la acción católica, por culpa de los mismos católicos más fervorosos: se ha conservado á la defensiva; ha parado los golpes, pero no los ha devuelto. Veamos un ejemplo: secularizan la escuela, los católicos fundan escuelas libres; expulsan á las órdenes religiosas, los católicos hospedan á los religiosos. A cada herida un emplasto, á cada llaga un ungüento; pero no se busca, no se procura detener y paralizar la mano que hiere, atacando directamente al enemigo, previniendo la aparición de las llagas sociales, administrando remedios generales á todo el organismo; y esto no se consigue sino con una prensa muy extendida y protegida, como sucede en Bélgica y Alemania, por ejemplo.

Los católicos, por no haber sostenido su prensa, han abandonado á otros la formación del espíritu público. ¿Cómo, pues, no habian de sufrir las desastrosas consecuencias, perdiendo casi todo el fruto de los esfuerzos realizados por la caridad y por el mismo ministerio de la predicación y de las misiones?

A tan sensatas reflexiones añade Fon-

segrive esta gran verdad: Una democracia es de quien la adula; pero también de quien la instruye: mas para instruirla es necesario hablar con ella, es preciso tener diarios. Los católicos no han sabido comprender el poder inmenso de la información. Dadme un diario en que no haya mas que noticias, redactado con espíritu católico, sin declamaciones, sin frases, sin excitar desconfianzas; que, por el contrario, atraiga al comprador ó al lector, y yo me encargo de transformar en tres meses el espíritu de los suscritores. Entonces vendrá un artículo para darles conciencia de sus opiniones nuevas y quitarles toda reliquia de las antiguas. Así, poco á poco, podría rehacerse el espíritu público y reformarse á lo menos una parte de la legislación adversa á las creencias é instituciones católicas. Y después añade: aunque se gastaran en esto sumas enormes, no estarian perdidas, pues quedarían compensadas con reconquistar posiciones, que forzosamente se pierden por no tener un eco respetable en la opinión pública, que solo se consigue por medio de la prensa en la época actual.

Mas, ¿qué diremos, cuando entre nos-

otros no se trata de grandes sumas, sino de tener suscritores, pero todos los que deben serlo, que son todos los católicos? Y sin embargo ¡con cuánta inconsciencia sobre la importancia de la prensa, se niega el símple concurso de la suscrición al diario católico, mientras se fomenta la prensa enemiga ó indiferente con la suscrición de los mismos católicos! Esto es inaudito, pero verdadero; y hay que declararlo para nuestra vergüenza y enmienda.

De todas maneras, á la hora en que estamos es preciso hacer lo que no se ha hecho. Ya sin duda se va comprendiendo la importancia de la prensa; pero es preciso que se insista más y siempre. Insista Vd., mi valiente amigo, insistan todos los que, como Vd., se consagran á la defensa de la causa católica en nuestro país.

Veo que muchos no se dan todavía cuenta exacta de nuestra situación respecto de los diarios y periodistas católicos. Creen que éstos están obligados hácia nosotros, porque esos diarios viven de nuestras subvenciones: este punto de vista es muy estrecho y muy injusto.

En primer lugar, el valor del pensamiento y de la consagración á una causa es inapreciable en dinero; pues no hay dinero que pague una granbe idea fruto de la meditación, y el amor á una causa.

Pero, aun considerando el asunto á la simple luz de la ley económica que llaman de la oferta y la demanda, es indudable que el buen periodista católico es un acreedor y no un deudorde sus hermanos.

Cuando la oferta ó cantidad de un producto ó servicio disminuye, siendo grande la necesidad que hay de ellos, el precio del producto ó del servicio aumenta segun la ley económica citada. Ahora bien; la oferta de periodistas católicos es hoy desgraciadamente escasa comparada con la de anticatólicos; estos tienen estímulos materiales y han tenido donde formarse; aquellos nó.

La demanda ó la necesidad de los servicios de los escritores católicos es imperiosa; sinembargo, es hija de la extrema necesidad de que antes he hablado.

Debieran pues, avaluarse esos servicios á peso de oro, remunerarse mejor y más ampliamente que los de muchos adversarios. No es así, sin embargo,

como es notorio. Son pues, los periodistas católicos nuestros acreedores en todo sentido. Felices los que, como Vd. y los que con Vd. luchan por su causa, lejos de reclamar, como bien lo sé, ese saldo material, solo anhelan aumentarlo para hacerlo efectivo más allá de los mercados terrenales en que impera con funesta tiranía la ley de la oferta y la demanda.

Pero, si el buen periodista católico tiene el noble derecho de hacer esos sacrificios malbaratando sus facultades, los católicos no tienen el de exigírselos, ni siquiera el de permitírselos para librarse ellos del deber en que están de acudir á la defensa de su causa, ya no con sacrificios ni con gran esfuerzo, sino con el simple concurso de su suscrición, que ni siquiera es un donativo, pues reciben el diario católico, que aún materialmente, servirá mejor que los demás á medida que reciba mayores recursos, pues estos se invertirán solo en darle mayor importancia y atractivos.

Y sobre todo ¿no debe remorder la conciencia al católico que niega á su causa el contingente casi insignificante de la simple suscrición, sabiendo que es la obligación mas imperiosa y la obra

de suprema necesidad, como repetidas veces lo han declarado los grandes Pontífices Pío IX y León XIII? Y ¿no les servirá de estímulo saber que ese fácil contingente es, sin embargo, el mas poderoso y eficaz para la defensa de la causa, ya que al acumularse esas pequeñas suscriciones constituyen un coloso en la prensa, como los pequeños granos de arena se convierten en montañas gigantescas? No es comprensible, por tanto, que los católicos escatimen una pequeña suscrición cuando se trata de tan facil sacrificio, que sin embargo es de consecuencias tan grandes para la santa causa, que tenemos obligación de defender; sería un crimen de lesa-causa y de lesa religión.

Pero yo creo, Dr. Zorrilla, que en este asunto no se trata ni de mezquindad ni de traición á la causa; se trata más bien dé inconsciencia, porque la inmensa mayoria de los católicos no se da cuenta de la gran importancia, de la importancia decisiva, que para la causa tiene la buena prensa. Hay que insistir en ello, y los esfuerzos que en este sentido se hagan son de incomparable valor para la religión, y constituyen una verdadrea y santa misión.

Por eso reitero á Vd. los sentimientos de mi mas profunda gratitud al verle convertido en abnegado y entusiasta misionero de la prensa católica, y no dudo que sus esfuerzos merecerán, no sólo el aplauso de los católicos sinceros, sino su mas decidida cooperación; y de este modo conquistará un nuevo lauro, añadido á los muchos adquiridos en defensa de su causa, que reconoce á Vd. como su denodado adalid.

Pero, si grato estoy á sus esfuerzos, lo estoy también á todos los católicos que, convencidos por su propaganda, se deciden á trabajar buscando suscritores, después de suscribirse ellos mismos: son también apóstoles, como Vd., de la buena prensa y por ende, de la santa causa.

A todos mi aplauso muy sincero, unido al muy especial que, con su bendición, envia á Vd. de todo corazón, con este motivo, su prelado y amigo affmo.

† MARIANO SOLER,
Arzobispo de Montevideo.

Montevideo, Setiembre de 1902.